

Marcos Ordóñez

Juegos reunidos

Primera edición, 2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Marcos Ordóñez, 2016

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustraciones: © Toni Benages

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-65-8

Depósito legal: B. 29.486-2015

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Pepita Forever

Índice

Astor	13
La edad de oro	29
Nuestra canción	33
Una función incompleta	103
Resurrección	107
Panorama desde el puente	109
<i>Runaway</i>	119
Al anochecer	135
Tres actrices	139
Alcoholes	153
Alguien no puede más	185
El chico que leía la revista <i>Fans</i>	189
Los misterios de Parque Chas	193
Después de la noticia de su muerte	205
Solo para amantes de gatos	215
Un viejo amigo	231
Esqueleto	239
La bandera de Sharon Tate	241
En su mejor momento como mujer y como actriz	247
<i>Redemption song</i>	283
Querido François	287

Salmo	291
Cerca de Gaztambide	293
Quiero	303

Uno no acaba de saber «de qué va» un libro hasta que ha terminado de juntar las piezas.

Extiendo ahora las cartas sobre la mesa, y me doy cuenta de que esta constelación de relatos breves y novelas cortas, de paseos y recuerdos entre la ficción y la crónica, dibuja, a su manera, una nueva entrega (otras voces, otras épocas, otras formas) de la autobiografía que comenzó con *Un jardín abandonado por los pájaros*, porque a fin de cuentas resulta que me parezco bastante a ese tipo que asoma por muchas de las esquinas, bajo diversas luces, con abrigos o camisas hawaianas, bigotes falsos o pelucas, mostrándose y escondiéndose, como en el juego infantil del Cucú-tras.

Barrios perdidos y reencontrados, noches que parecían eternas, fantasmas resplandecientes, carcajadas que vuelven a resonar.

Unas memorias en forma de álbum de cromos, almanaque o libro de horas. O un doble disco. O un cuarto de juegos: la puerta está abierta.

Astor



Ayer empezaste a escribir *Astor* y parece que no hay manera, no pillas el tono, las piezas no encajan. Vuelves a pensar lo de siempre, que has perdido el toque o como quieras llamarle. Esto es frecuente, tan frecuente que da risa. Hay que saber esperar, está visto. O lo contrario, psicología inversa, decirse: nada, mejor dejarlo estar, no monta, se lo doy al demonio por caridad, como repetía mi abuela cada vez que había perdido algo, y como el demonio no quiere nada por caridad te lo devuelve. Y es entonces cuando algo se rebela (o se revela), como el hurón encerrado en un laberinto que busca la salida, y empieza a dar con el hocico en todas las esquinas hasta que escucha el clic que abre la puerta de la jaula.

Al principio se parece mucho a pintar un cuadro. El problema no es el lienzo en blanco sino la disposición de los elementos. Si no intuyes las líneas de fuerza, si no hueles la tensión y la flexibilidad del trazo, no tienes nada, tienes naturaleza muerta.

Vuelves a ir demasiado rápido. No hay que subir la montaña de golpe. Recuerda que las mejores ideas surgen en la reescritura, cuando comienzan a abrirse ven-

tanás en los fondos, cuando las líneas encuentran sus desvíos, cuando la propia tensión pide esponjamiento.

Pero al principio no hay tensión, solo hay resistencia, la que se produce cuando intentas encajarlo todo como un crío impaciente. Prueba con lápiz, el pincel todavía no hace falta. Coloca el bulto de las figuras sobre la tela. Ya te irán dictando el lugar que ocupan y la forma en que se relacionan.

A la hora de empezar intentas atrapar el tono y buscas un acorde que te suene verídico, una nota con el color de la canción que te gustaría escuchar. Eso tampoco suele ser instantáneo sino que se produce más bien por impregnación, de modo que mejor rastrear aquellas palabras que te hicieron compañía, aquellas voces que caminaron a tu lado.

Estoy hablando de otros libros, aunque desde luego no son los únicos detonantes.

En *Not Fade Away*, de David Chase, el chico y la chica van al estreno de *Blow Up*, de Antonioni. Él no entiende nada, se aburre a morir, dice qué película más rara, ni siquiera tiene música, y ella contesta: el viento en los árboles, esa es su música. Y a todos se nos escapa la risita y creemos que la chica es una *hippie* colgada y pretenciosa, pero luego vemos el plano de los olmos agitándose majestuosamente en Maryon Park y pensamos, espera un momento, lo que ha dicho no es ninguna tontería. Ha sabido escuchar algo infrecuente y además ha tenido el valor de decirlo con naturalidad.

Aunque tampoco conviene pasarse, tampoco conviene elevar la nariz y estar olisqueando todo el rato la música de las esferas porque hay otras músicas terrestres, en la película está la tormenta eléctrica de los Yardbirds bus-

cando escaparse de una caja cerrada, chocando contra un techo bajo, y está el clic paranoico de la cámara de David Hemmings agujereando el silencio, como una gota helada que no deja de caer, y está el toc toc final de la pelota de tenis que no existe, y has de saber extraer ese sonido de la ridiculez pomposa de esa última escena, porque *Blow Up* es una lata de consideración pero Antonioni siempre tuvo muy buen ojo (y muy buen oído) para los detalles significativos, que es a la postre lo que más y mejor se recuerda de sus películas, o sea que conviene orientar las antenas, y atrapar y limpiar para quedarte con lo que te interesa, y luego hay que ponerse ya manos a la obra y mancharse los dedos de carbón, así que ha llegado el momento de atreverte a hacer ese esbozo torpísimo, y luego te alejas un poco para ver el efecto, como te alejarás más tarde para que se seque la primera capa, y la segunda, y la tercera. Venga, vamos de vuelta. Coge el lápiz rojo.

Tengo el viaje en autobús, y los barrios de la ladera, y la inesperada reaparición, tantos años después, de las dos zonas de Astor. Empezaría por Astor, por su génesis y sus características, pero intuyo que eso ha de ir al final, así que de momento lo aparto, y la mano se me va al lateral izquierdo del lienzo todavía desierto, blanquísimo, para trazar una pequeña línea roja que remonta Gran de Gràcia y se detiene en Lesseps.

Es una tarde de verano, abierta de par en par. Hemos acabado el trabajo y estamos hartos de pasear siempre por los mismos sitios, así que subimos a ese autobús. Poca gente. Turistas, sobre todo, parejas vestidas con

colores alegres, y algunas mujeres solas, envueltas pese al calor en telas oscuras, mujeres fatigadas, mujeres silenciosas que vuelven de la compra abrazando sus capazos de paja, o han ido a resolver un trámite en el centro, papeles, certificados, largas colas, y ahora contemplan una ciudad que les sigue pareciendo extraña y hostil, y yo pensaba que cada vez habría más miradas como aquellas. La mirada de los turistas era mirada de turistas, y cada parpadeo parecía sonar como el chasquido de una cámara. Esto es un cliché (fotográfico), porque todos somos así en un país extranjero, salvo quienes no tienen dinero para cámaras ni vacaciones.

Hacía bastante tiempo que no tomábamos el 24, y nuestra decisión tenía algo de alegre viaje sorpresa por la ignorancia de su tramo final, como quedó demostrado cuando, a mitad de Travessera de Dalt, hicimos bajar apresuradamente a una pareja de dóciles muchachas argentinas (o uruguayas, no sé muy bien, no nos dio tiempo a pillarles el acento) que querían ir al Parque Güell. En nuestra defensa diré que estábamos convencidos de que lo mejor para ellas era cruzar la hostil avenida y subir la cuesta de Larrard, y así se lo dijimos, casi empujándolas, aquí, aquí, esta es la parada, y dudaron un poco pero bajaron de un salto y allí se quedaron, mirándonos con ojos de cachorro en autopista, y mirándolas Pepita y yo con creciente vergüenza y culpa porque ninguno de los otros turistas se movió ni dijo nada: a diferencia de nosotros y de las cachorritas, sabían que el autobús, tras bajar por Escorial y Camèlies y dejar atrás los restos de la plaza Sanllehy, remontaba la serpenteante carretera del Carmelo y paraba justo en la parte trasera del Güell.

Pero no fue allí donde bajamos nosotros ni las mujeres

fatigadas, porque la línea seguía, en descenso, hasta la ladera del vecino parque del Guinardó, donde el Carmelo se junta con la zona de Can Baró en un ensanchamiento muy apropiadamente llamado Gran Vista.

El trayecto acaba en Doctor Bové-Penyal. En la ciudad están los barrios altos, ordenados, silenciosos y carísimos, y más arriba, como el despedazado anfiteatro del poeta, los barrios de montaña, con bloques atroces y construcciones bajas, desiguales, de muy distintas épocas y pelajes. Hay casas de finales del siglo XIX o principios del XX, que serían entonces refugios estivales, con rejas de hierro forjado y balaustres y nombres como Villa Dionisia o Villa Luz, pared por pared con edificios de cemento barato, levantados a toda prisa en los días de la segunda oleada migratoria, a comienzos de los sesenta.

A medida que se avanza por las calles de Labèrnia y Mühlberg proliferan viviendas todavía más humildes, encaladas o rebozadas de arenisca, con macetas pintadas de precioso azul chillón, y a veces mosaicos de trocitos de cerámica y platos inútiles. En invierno las paredes deben rezumar bajo la luz gris una tristeza húmeda y persistente, pero esa tarde, la cal, salpicada de geranios rojos, parecía resplandecer, y el aire caliente brindaba perfumes de hinojo y pinaza. De los bares, con hombres en camiseta fumando y bebiendo en la puerta, salía música andaluza o, como un humo de churrería, la fanfarria de metales y teclados eléctricos que tantas veces vimos enredarse en la techumbre de los autos de choque.

Es una Barcelona que rara vez aparece en las películas, casi siempre concebidas con la mirada del turista o para

la mirada del turista. Y casi es mejor que no aparezca, porque la gran tentación al situar una historia en un barrio como este es incurrir en el aguafuerte pasional, con mucha vociferación y muchos instintos a flor de piel. En una película, los hombres del bar que acabamos de dejar atrás estarían condenados a jalearse y dar palmas a cualquier hora del día, según la pauta de esas escenas africanas en las que los exploradores llegan al poblado y los nativos andan enfrascados en una danza ritual, como si no tuvieran otra cosa que hacer.

Yo mismo me he frenado porque estaba a punto de utilizar la palabra *vitalidad*, y desde luego flota en el ambiente pero tiene una pingosa connotación paternalista. Aquí *vitalidad* es palabra de rico, igual que *auténtico*. Habría que limpiar esas palabras, gastadas por el uso, para que volvieran a brillar como piedras de río, o buscar términos contradictorios, nacidos de la observación y el tiempo. Con nuestro prójimo no valen las primeras impresiones. No vivo aquí ni conozco sus vidas, así que no seré yo quien cometa esa indelicadeza.

Lo difícil es contar historias sobre gente como cualquiera de nosotros, gente que canta o ríe o grita o llora o se aburre cuando por ahí le da, gente para la que no sirven los adjetivos definitorios ni las denominaciones de origen, porque nadie es común cuando se le mira detenidamente.

Esta mañana, a primera hora, estaba escuchando las suites para violonchelo de Bach, y he pensado que si tuviera que filmar aquí una película echaría mano de su música para acompañar las imágenes, a contrapié, como el Pasolini de *Mamma Roma* o *Accattone*, que no buscaba «el alegre ruido popular» ni pretendía ennoblecer

a sus personajes, sino simplemente observarlos y registrar su devenir. Pasolini entendía que la vitalidad no es una cualidad inmutable del ánimo, sino que hay una vitalidad luminosa y una vitalidad oscura, y que ambas suelen brotar bajo presión, por hartazgo de miseria e impulso de supervivencia.

Quizás las suites de Bach le darían a la historia una peligrosa gravedad litúrgica, pero contrapesarían las tentaciones de pintoresquismo, como esos aparatos de ventilación que reducen la humedad excesiva del aire.

De esta zona no solo volvió a llamarme la atención la absoluta mescolanza de edificios, sino también la disparidad de alturas. Pasa lo mismo en Vallcarca, un barrio que conozco mejor, pero aquí, desde el barandal del despedazado anfiteatro, se advierte con mayor contundencia. Hay algo onírico y un poco vertiginoso en esa disposición, que parece seguir vagas pautas de pintura constructivista, o cubista a secas: un amasijo de planos y perspectivas, donde un bloque emerge de pronto en lo alto de una cuesta como la pétrea y gigantesca caja de zapatos de una civilización perdida, y el mar está repentinamente muy alto o muy bajo, y las casas brotan en la ladera igual que dados arrojados al desgaire.

Teníamos también la sensación, unida al calor creciente y adensado, de estar de pronto en otra ciudad, en otro país. Veinte minutos de viaje en autobús y ya nos parecía estar pisando el barrio de Silwan en Jerusalén o la costa de Caparica, y recordamos cómo entonces, tan cerca de Lisboa, creímos perdernos en un Mozambique imaginario, libre y sonriente, que parecía pintado por un niño.

Al dejar atrás la Plaça de la Mitja Lluna había una fuente en el recodo de una bajada, y una mujer gruesa y vieja, con un gran moño plateado y un vestido negro salpicado de innumerables topos blancos, estaba llenando un garrafón de plástico. Tenía los tobillos horriblemente hinchados y su cuerpo vencido sobre el caño, y parecía hablar sola, pero hasta que no pasamos por su lado no percibimos el susurro que fluía como el hilo de agua, y era una canción de los años veinte que mi abuela solía cantar:

*La fadrina va a la font
a buscar un cantiret d'aigua
Si em donessis un clavell
jo te'n tornaria quatre...»**

¡Qué prodigio aquel salmo tan fresco remontando el tiempo como un pez río arriba, aquella voz tan joven en un cuerpo tan viejo!

Al final de la calle se abría el parque del Guinardó en sentido literal y súbito, porque no había vallas sino un caminito blanco que avanzaba paralelo al bosque y se perdía en él, como en las antiguas ciudades, cuando las afueras comenzaban abruptamente en un descampado sin farolas o un infranqueable anillo de zarzales.

No entramos: comenzaba a bajar la luz y nos dio un poco de miedo.

¿Se había acabado el paseo, solo quedaba girar grupas y volver a la parada de autobús? Eso pensábamos hacer.

* «La muchacha va a la fuente / por un cántaro de agua / si me dieras un clavel / te devolvería cuatro...»

Y entonces sucedió, para mí, lo más portentoso de aquella excursión, porque es ciertamente extraordinario desear algo y obtenerlo casi al instante, y eso fue la puerta abierta al recuerdo de Astor, y pasó de un modo tan sencillo que solo así puede contarse.

Subíamos, ya de retirada, y yo pensé en un paseo de Horta, un paseo que hacía muchísimo tiempo que no visitaba, y sentí unas ganas enormes de estar allí, de caminar de nuevo por Font d'en Fargas a aquella hora, en aquella tarde de domingo que ya comenzaba a ser noche.

Por llevar aquí toda mi vida tiendo a creer que conozco Barcelona, pero más allá del Ensanche me armo unos líos tremendos, y mi orientación es la de un niño de siete años. Tengo un mapa mental establecido en la infancia que poco se corresponde con la realidad, y sigo pensando en los barrios como reinos lejanos e independientes, a la manera de los que aparecen en los créditos de *Juego de tronos*, como si varias leguas a caballo separasen el condado del Carmelo de las tierras altas de Horta, y por eso me quedé atónito cuando, en vez de doblar hacia la izquierda, que era donde nos esperaba la parada de autobús, comienzo y final de línea, Pepita propuso girar hacia la derecha, hacia el este, porque el recodo le parecía más atrayente, y al final de la cuesta, como en un acto de magia, aparecimos en la cúspide del mismísimo paseo de Font d'en Fargas que, ahora puedo decirlo, enlaza las tierras altas con el condado.

Sentí una alegría tan intensa que se me disparó el corazón.

El conato de pánico, fresco como una rosa abierta, nacía del deseo recién cumplido, aunque fuera o pare-

ciera mínimo, porque eso es infrecuente y porque tras un deseo realizado se abre a veces una barranca de vacío. Pero había algo más.

Era, pienso ahora, como si nuestra excursión siguiera la mecánica de los sueños. Había comenzado con la yuxtaposición de planos, con el cubismo repentino de la ladera del Carmelo, y luego vino la voz de aquella mujer cantando desde un tiempo inmemorial, como una guardiana de la puerta, y la puerta se había abierto con otro procedimiento onírico: el corte abrupto, hijo del deseo, que te instala sin pasajes intermedios en un nuevo territorio. Casi otro mundo, porque el contraste con el barrio anterior era notable. Y también su poderosa sensación de irrealidad, como esos anocheceres que se confunden con la llegada del día.

El paseo de Font d'en Fargas es una calle arbolada, sin apenas tiendas. Podría evocar un barrio residencial en las afueras de París. Neuilly es el primero que me viene a la cabeza. Pere Fargas i Sagristà y su esposa, Montserrat de Casanovas Fernández de Landa, tenían tierras en la zona, y a principios del siglo pasado decidieron que el paseo sería el eje de una utópica ciudad jardín, siguiendo los preceptos de sir Ebenezer Howard. Según su libro *Ciudades Jardín del mañana*, aparecido en 1902, «una ciudad jardín es una zona urbana diseñada para una existencia saludable y de trabajo: tendrá un tamaño que haga posible una vida social plena, pero su crecimiento será controlado y habrá un límite de población. Estará rodeada por un cinturón vegetal y el suelo será de propiedad pública o deberá ser poseído en forma

asociada por la comunidad, con el fin de evitar la especulación de terrenos».

Así se acordó en 1912 con el ayuntamiento barcelonés, pero la guerra civil acabó con aquella utopía. Los propietarios abandonaron muchas de las mansiones, ahora flanqueadas por edificios lujosos de nueva planta (probablemente construidos en los ochenta, porque en mi época no estaban), con piscinas solo intuidas por un chapoteo tras los setos de boj.

Caminábamos en un silencio casi absoluto, atravesado por el canto de los pájaros del anochecer (mirlos, me pareció), pero el acompasamiento era perfecto, como si la alternancia de silencio y pájaros siguiera una partitura. Yo había caminado por esa calle treinta y tantos años atrás. Una tarde de finales de septiembre de 1977. En una vida anterior, por así decirlo.

Dos o tres días antes de aquella tarde lejanísima había encontrado un perro en el paseo de Maragall, cerca de donde vivíamos. Un perro lobo negro, muy grande, que estuvo poco tiempo en casa. No sé si apareció su dueño o si se lo dimos a alguien, muy a mi pesar. No es piso para un perro como este, dijo mi novia de entonces, y tenía razón.

La tarde de mi recuerdo salí a pasear con él y descubrí la zona alta del barrio. Llevábamos allí varios meses y nunca había puesto los pies en aquel lugar. El perro, sin correa, caminaba delante. Ahora jamás llevaría un perro sin correa. Cruzamos Maragall y entramos, al azar, en Font d'en Fargas. Había farolas de globo blanco, que ya no están. Y un viejo casino, que le daba a aquella esquina un aire de pueblo de playa en otoño. Y el Princess Margaret School, el colegio inglés más antiguo de la

ciudad, con su aura de prestigio y su jardín vallado.

Estaría bien, le dije a Pepita, que me encontrara ahora a alguien de aquella época, alguien a quien yo pudiera reconocer, pero en seguida caí en la cuenta de que eso era difícil, porque durante aquellos años apenas me relacioné con nadie del barrio. Así era yo de cabestro y de asocial. Del trabajo a casa y de casa al trabajo. Y en los desvíos había mucho silencio o mucho grito, ambos intolerables, y mucho mal vino. No lograba recordar ni a un solo vecino, ni a un quiosquero o una panadera. Recordaba la voz de una mujer, no sé si de un piso inferior o superior, y solo su voz en el patio de luces porque nunca llegué a verle la cara, que por las tardes le gritaba a su hijo: «¡Te voy a cortar las manos!».

Por lo mucho que yo había cambiado, pensé luego que sería todavía más improbable que alguien me parase de pronto para decirme: «Me acuerdo de usted. Hace muchos años solía pasear con un perro negro, al anochecer, por esta calle».

Habría sido un círculo perfecto: me vino a la cabeza, como un fogonazo, que lo que yo más deseaba aquella lejanísima tarde, casi noche ya, era, justamente, ser el hombre futuro que paseaba con un perro lobo al anochecer, de vuelta a casa. ¿Buscaba el lujo de las viejas mansiones, inalcanzables desde mis apreturas de entonces, cuando apenas podía llegar a fin de mes, cuando para llamar por teléfono tenía que bajar a una cabina con las monedas justas?

No diría que no, pero creo que lo que más me atraía de la calle era aquel silencio protector y aquella calma, hermosos jirones del sueño utópico de la Ciudad Jardín. Por supuesto que nada sabía yo de la colonia perdida,

ni falta que hacía. Me bastaban las farolas envueltas por el follaje, y aquel viento que por un instante hizo bailar la sombra de las ramas en una fachada. Era el aire de un cuadro que me gustaba muchísimo: *El imperio de las luces*, de Magritte. Era el anhelo de otra vida posible, porque la que había empezado, en la parte baja y fea de aquel barrio apartado, no estaba saliendo como había deseado, ni para mí, ni para la gente a la que, con gran torpeza, quería o intentaba querer.

No conseguía verme con claridad en aquella calle, quizás por los muchos años transcurridos, quizás por la oscuridad de la hora y la débil luz de sus farolas redondas. Sin embargo, recordaba con nitidez la filigrana sutilísima de la sombra danzando en la pared de aquella casa.

Es un fantasma el que cruza. Veo al perro ante mí o a mi lado, abriendo la marcha. Veo las puntas de unos zapatos de cuero marrón, marrón claro, que mi amigo Javier Castro me había enviado desde Canarias, donde hacía el servicio militar, en un paquete insólito, generosísimo, puros y más puros, y cartones de tabaco rubio, y en el centro aquellos indestructibles zapatos de cuero, capaces de vadear todos los charcos de la existencia. Como el paquete que se le enviaría a un preso, como una promesa de exuberante vida futura. Cuando lo recibí me emocionó hasta las lágrimas que mi amigo hubiera pensado en mí desde tan lejos, y que recordase incluso mi número de zapatos: la vida te sorprende a veces con regalos así.

Tras una ventana alta, recién encendida, alguien tocaba el piano con notas espaciadas, como si buscara la melodía. Tocaba algo que parecía Mompou o Satie. Ahí acaba el recuerdo. Treinta y ocho años son muchos años.